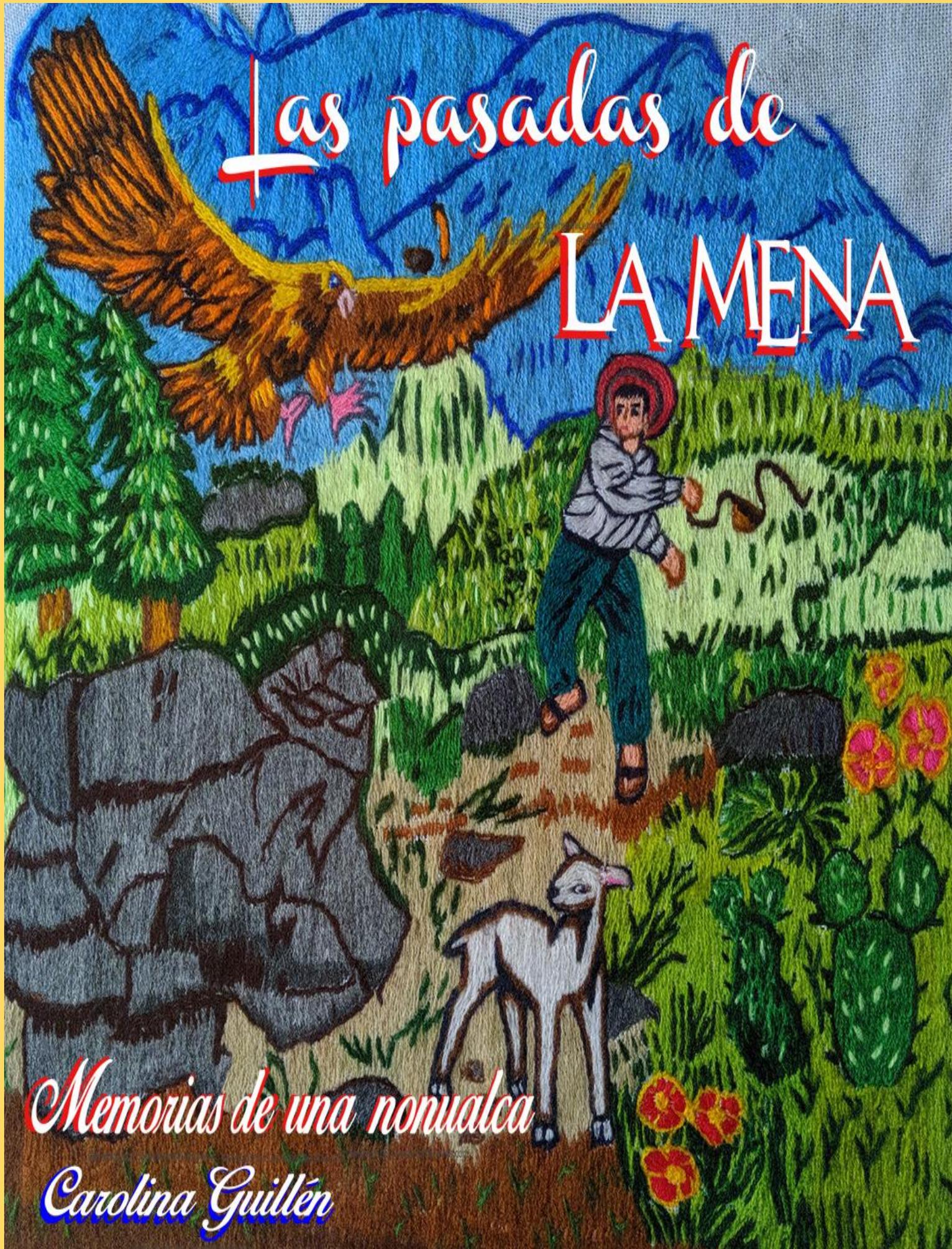


Las pasadas de

LA MENA

Memorias de una nonualca

Carolina Guillén



Las pasadas de la Mena
Memorias de una nonualca
Carolina Guillén

860.44

G958L Guillén, Carolina, 1976-

Las pasadas de la Mena : memorias de una nonualca / Carolina
slv Guillén. -- 1ª ed. -- San Salvador, El Salv. : [s.n.], 2019
(Imprímelo).

72 p. : il. ; 17 cm.

ISBN 978-99961-2-211-8

1. Literatura de testimonio-Relatos personales. 2.
Vivencias-Historia. 3. Literatura salvadoreña. I. Título.

BINA/jmh

© Carolina Guillén

Título: Las pasadas de la Mena. Memorias de una nonualca

Primera edición

ISBN 978-99961-2-211-8

100 ejemplares

Imprímelo, 2019

Centro Comercial Plaza San Benito Primer Nivel, Local N° 7

Tels.: (503) 2223 9592

Noviembre 2019

Derechos Reservados

Dedicado a:

Filomena Guillén.

La mujer de orígenes sencillos, luchadora, guerrera incansable, de espíritu fuerte y libre; humilde, de gran corazón, a quien todo le faltó y quien todo lo que tenía, entregó por amor.

A la mujer que marcó mi vida, no solo con dureza y disciplina, sino también con independencia, responsabilidad, compromiso y valores.

A la mujer que fue durante varios años de mi vida, toda mi familia. A quien reconozco como mamá, papá y abuela.

A quien solo conoció el sufrimiento en esta vida, pero en la otra, estoy segura que goza y se regocija al lado de nuestro Señor.

Con amor a mi querida mamá Mena y a las futuras generaciones de nuestra familia, para que nunca olviden sus orígenes.

BIOGRAFÍA



Filomena Guillén, nació el 07 de diciembre de 1933, en épocas del pleno conflicto armado en El Salvador. Conocida socialmente como “la Mena”.

Originaria de San Pedro Nonualco, La Paz, zona marginada de El Salvador, cuna de Anastasio Aquino, líder indígena salvadoreño que encabezó la insurrección de los nonualcos en 1833.

Descendiente de indígenas que habían emigrado de Santiago Nonualco a San Pedro Nonualco, después del levantamiento de la rebelión. Tercera de seis hermanos, nacidos todos en extrema pobreza.

Tuvo dos hijos, cuatro nietos y cuatro bisnietos. Mujer emprendedora que dedicó su vida a los negocios comerciales para salir de la pobreza.

Murió a causa de un derrame cerebral y varios infartos el 17 de abril de 2012.

Su vida fue ejemplo de firmeza y superación.

PRÓLOGO

Esta historia narra en cinco partes con pequeños episodios, memorias de la vida de una mujer luchadora, quien nace en la extrema pobreza en un pueblo lleno de desolación y falta de oportunidades laborales, sin embargo, fue visionaria y a fuerza de mucho trabajo logró alcanzar varios de sus objetivos, convirtiéndose en una mujer de negocios admirable que logró salir adelante, a pesar de tener poca escolaridad.

La niñez, etapa donde pierde a su padre, inicia y deja la escuela en el segundo grado para dedicarse a trabajar, padece la muerte de su hermano menor, episodio que impacta su vida de manera importante. La falta de trabajo hace que ella y su familia emigren del pueblo a la ciudad en busca de oportunidades.

En su juventud, tal como en su niñez, no gozó de diversiones, juegos de ningún tipo, amistades, ni muestras de cariño en su casa, pues la prioridad era sobrevivir.

En su etapa adulta, trabajando en una finca, queda embarazada de un capataz, dando a luz a su primera hija, siete años después da a luz su segundo y último hijo. Años después sufre la muerte de su madre María, a quien amaba profundamente. Inició su trabajo en una fábrica de telas, con lo poco que ganaba, ayudaba con la manutención de sus sobrinos y muy poco le quedaba de su sueldo.

Nunca fue una mujer romántica, nunca se le conoció un novio, ni enamorados, mucho menos esposo, nunca se acompañó con el padre de sus hijos.

La hija mayor al crecer, en la adolescencia y llevando casi la misma vida que ella, se fue de la casa, tuvo dos hijas, las cuales a los dos y tres años, quedaron a cargo total de la Mena.

La Mena dejó de trabajar y se dedicó a los negocios, abre una tiendita pequeña y comienza su emprendimiento, se convierte en una mujer exitosa por saber manejar sus finanzas; no era rica, pero la comida no le faltaba y en todo negocio que ponía, le iba muy bien, debido a su capacidad administrativa.

Era dura con sus nietas, los castigos eran fuertes y a veces hasta crueles. Así como ella fue criada, también lo hizo con ellas. No les compraba juguetes, ropa dos veces al año para época navideña, no les daba muchos besos, ni caricias; les enseñó a trabajar arduamente para ganarse la comida y un techo para vivir. Ella quería ser ejemplo de rigor y disciplina para sus nietas, no quería que en plena adolescencia se fueran de la casa con un hombre y llevaran mala vida.

Su carácter a veces la ponía en dificultades ante los demás, pero en la mayoría de veces hacía que le tuvieran temor y respeto.

No profesaba ninguna religión, pero leía la biblia, aunque también creía en supersticiones.

La Mena, nunca se maquilló, nunca se arregló con malicia, nunca bailó en su vida, nunca se reunió con amigos, era muy humilde y sencilla en su vestir y en su aspecto; en su hablar era muy directa y usaba algunas palabras soeces, en su temple y carácter era una mujer muy determinante, de temor, respeto y admiración para quien le conocía.

Ya entrando en su tercera edad, etapa de madurez, conoció a Jesús y su vida cambió. Tuvo más calma, menos afanes y un poco de libertad. Siempre vivió sola, pues no le gustaba dar cuentas a nadie de su vida. Le gustaba ser independiente.

Era una artista nata, hacía canastas de nylon, carteras tejidas para vender. Le encantaban el dibujo y la pintura, dibujó y bordó varios cuadros preciosos para cada miembro de su familia, matizándolos en tonos que los llenaban de vida y amor.

Durante toda su vida, no tuvo alegrías, solo angustias, trabajo y tristezas, aún el día de su muerte, está la esperó para ayudarla a bajar el canasto de su cabeza.

La Mena fue una mujer admirable, inteligente, audaz, valiente y constante. Siendo su ejemplo de vida lo que impulsó a su familia a superarse, dejando atrás el círculo de pobreza que les rodeaba.

PARTE I: “LA NIÑEZ”

LAS ARGOLLITAS

Estaba la negrita jalando agua en cántaro, desde el río hasta la casa, ya casi llenaba la pila, cuando en la poza miraba con ganas unas cositas que le brillaban a una bichita que todavía no hablaba, la hermana mechuda dis que la cuidaba, la bicha pasmada se fue a bañar y dejó solita a la bichita chiquita, vine yo, me fijé que no hubiera nadie, vigié bien... todo silencio, me le acerqué para contemplarla, y ver quera lo que tenía en las orejas, eran unas argollitas de oro y más me gustaron las babosadas, le sobe la cabecita unas tres veces y seguía vigiando que no llegara nadie, le di un jocote para que lo chupara y no llorara ni pujara.

¡Sin decir se lo tragaba!, ahí si me hubiera jodido.

Y disimuladamente “ras” le quité una argollita y rapidito “ras” le quité la otra, agarré mi cántaro y me fui hecha un cohete para la casa de la María (la mamá).

Ya no seguí jalando el agua, me puse a barrer y me dijo la María:

–¡que hacendosa andás Mena!

Yo solo medio me reí, porque lo que yo quería era ver a dónde podía guardar las argollitas mías y lo más jodido es que ni hoyitos tenía yo en las orejas, pero... no era posible que las bichas mechudas llenas de piojos y... ¡peor la bichita chiquita de la vieja de enfrente! tuvieran argollitas y yo no.

En un descuido de la María, escondí las argollitas envueltas en un pedacito de papel de empaque.

Todo eso fue en la mañana, en la tarde hice oficio y yo ¡bien contenta que ya tenía argollas! A cada rato le daba una ispiadita a mi papelito y me daba risa.

Nos llamó a comer mamaso la María; comiendo estábamos...cuando tocaron la puerta, gran bulla porque era de lámina, salió a abrir rápido la Marillita, pobrecita ni había alcanzado para que ella comiera, abrió la puerta y era la vieja mechuda de enfrente, yo le reconocí la voz, a saber ¿qué? le decía y me comienza la gran tembladera de patas, pero me hacía la fuerte, y con más ganas mordía el mamaso; en eso se acerca la María con la mujer esa y me dice:

–Mena, fíjate que a una de las niñas de la niña Chave se le perdieron unos aritos y dice la Terecita que solo vos estaba con ellas jalando agua de la poza.

–¡Ah sí! yo vi que andaban ahí otros bichos también. Le dije.

–¿Y quiénes eran Mena? Me preguntó la María.

–Es que no me acuerdo bien fíjese, yo estaba entregada llenando mi volado.

–Vaya niña María y Menita muchas gracias oíste, si te acordás quiénes eran los cipotes esos me avisas, es que quizá mejor vamos ir a la policilla. – Dijo la niña Chave.

¡Ahí se me fueron los colores!

La María me preguntó otra vez:

—¿Estás segura mamita que no los viste?, sino nos vamos a ir presos todos.

Yo me afligí y como uno ignorante, con 5 años ¡**qué sabe uno!**

Así que me paré del banquito en el que estaba y junté las manitas, hice como rezaba, y dije:

—¡Hay, San Antonito, San Antonito, que aparezca un papelito con las argollitas de la niña debajo de la pata de una cama!

—¿Qué decís? Dijo la María.

Así que hablé más durito, y volví a rezar:

—¡San Antonito, San Antonito, que aparezca un papelito con las argollitas de la niña debajo de la pata de una cama!

Hasta los ojitos cerraba yo, bien apuñados, para que vieran que pedía con fe.

Salió corriendo la María, con la vieja Chavela detrás, y dijo a levantar todas las camitas; y como eran bofitas porque eran de pitas con un petate; rapidito las vio todas y en la que dormíamos con la María Luisa (hermana), ahí aparecieron.

¡YA VEN. REZAR ES BUENO!

TAN RICA LA QUESADILLA

Allá en San Pedro la quesadilla era buena, como esa no hay otra - decía la Mena.

—¿Se acuerda Herminia?

Le dijo a la prima hermana, ancianita ya, que estaba de visita por la casa.

—¡Y ¿cómo no me voy a acordar? ...mmm. eso era rico!, dijo la Herminia.

—¿Te acordás la vez que mi mamá fue a visitar a la tuya y llevo una quesadillita para comer rico, Mena? Jajaja, vos tenías cinco años y yo tenía diez.

Las dos no nos aguantábamos por comernos un pedacito de la rica quesadilla, aprovechando que las dos mamás estaban platicando, dijimos que íbamos a agarrar un pedacito medio arrancadito con los dedos para que pensaran que había llegado un ratón, las dos dijimos así:

— Agarra vos la mitad de este pedacito y yo la otra mitad y así yo no voy a decir que vos te lo comiste ni vos vas a decir que yo me lo comí.

Vos prometiste que sí, que no ibas a decir nada.

A echarnos el pedacistillo de pan desecho a la boca íbamos, cuando oímos caminando hacia nosotros a mi mamá... por pegar

carrera, del susto, porque “diocuarde robarse algo en ese tiempo”, en el imbién chocamos las dos, se nos enredaron las patas y por allá volaron los pedacitos de quesadilla.

Mi mamá nos dijo:

–¡Ajá! ¿Quién se estaba robando el pan?

Y vos dijiste rapidito: “ELLA”.

Ahí aprendí que vos eras traidora Mena.

Y la Mena le contestó:

**“Yo no fui traidora Herminia,
USTED TENÍA LAS PATAS AGUADAS”**

¡AGARREN AL TUNCO!

A la María le gustaba destazar... porque ganaba unos centavitos para varios días y a mí me gustaba cuando destazaba tunco, porque ...mmm... ¡Que ricos los chicharrones! Pues un día... como a Chema (hno. Mayor), no le gustaba andar con esos animales, siempre le tocaba a la pasmada de la Mena llevarlos a comer. Ya temprano me había herido un dedo por estar partiendo caña, ¡tan rica que!, así que andaba con el dedo jodido, no le dije a la María porque me iba a regañar por dunda.

Viene la María y hace la gracia de decirme que me lleve al tunco para darle de hartar...y...como le decía que no, ¡diocuarde!

Pues agarré al gran animal con un lazo, más que era el más gordo y grande, ese me dominaba., yo de 6 años y el tunco parecía viejo gordo cincuentón con panza cervecera. Comenzamos a caminar y yo iba braveando, que a Chema y a la María Luisa solo lo fácil los ponían a hacer, ellos bien campantes cortando café y yo bien fregada con los cuches. Buen... el cuche baboso me daba jaladitas pero lo regresaba rapidito, aunque yo no era tonta, lo agarraba con la mano buena, la otra, del dedo jodido me la iba cuidando.

El tunco feliz hartándose de todo, ¡hasta mierda comía!, la María decía que los dejara comer de todo porque así más gordos y más rica la carne, yo le hacía caso.

Al llegar a una pendiente en el Pueblo, como aquello de pura tierra y un vergo de piedras, llevaba todas tierrosas mis patillas, por sacudirme, solté el lazo de yute, atendida que no se me iba a ir el animal, me agache para pasarme la mano sudada en las patas, aprovechando la humedad y el desgraciado animal sale corriendo cuesta abajo ¡como si el diablo lo iba siguiendo!, y digo yo corriendo detrás, medio agarré el lazo con la mano mala para más joder, me quemó la mano y me abrió la herida del dedo otra vez, pero no tenía tiempo para contemplarme porque si ese animal se me perdía, la María me iba a reventar el lomo a leñazos.

Corrí lo más rápido que pude y me ganó lo empinado de la calle y digo a rodar por todo aquello, caí sentada en una piedra que se me ensartó en el chunchucuyo, ya no me pude parar, la colita me dolía de a galán, como pude me pare después de un rato, toda revolcada, toda chuca y sin el tunco.

Me puse a llorar porque ni modo, el tunco cerote se me fue, en ese tiempo yo no decía malas palabras, pero hubiera querido decirlas.

Triste y afligida, toda revolcada me fui al río, me senté en una piedra adentro del agua que me llegaba hasta la rabadilla, me lavé el vestido, tenía raspadas las rodillas, bien pelada había quedado de los codos, tenía un gran chindondo en la cabeza, la sangre del dedo se me tancó con un tarugo de tierra del gran revolcón.

Ahí me quedé, no pude llorar mucho porque se me iba a echar de ver, se me iban a hinchar los ojos y la María más se iba a enojar.

Estaba pensando qué...si me esperaba a que cayera la noche, el vestido se me iba a secar un poquito, le iba a decir a la María que al tunco del paseo le había dado sueño y que llego con ganas de dormir y que lo dejé dormido en el chiquero y como nos alumbrábamos con candil, ella no iba a ver mis raspones ni lo curtida que iba llegando a la casa, mucho menos ir a vigiar al tunco hasta el chiquero.

Pues como dice Aniceto **¡Uno de cipote es tonto!**, como si era niño al que había llevado a pasear.

Pero yo dije que así iba a hacer. Me fui ya en lo oscurito para la casa, también me daba miedo porque decían que allí salía la Siguanaba y el Cipitillo, me dolían las tabas de los raspones, pero así camine rapidito.

Cuando llegué a la casa, quise entrar de escondidas, pero en la mera entrada, pegadita a la batella, estaba la María lavando a saber qué, y me dijo:

–¿Hasta ahorita venís Mena?

Esa María siempre me jodía, una cosa me decía y yo ya no hallaba qué hacer ni qué decir.

–Sí fíjate, le dije yo

Entré a la casa y ahí estaban mis hermanos, me miraban algo raro, yo quería decir que tenía sueño y que no iba a comer para irme a acostar rápido y así no hablar nada, pero sale el metido de Chema y me pregunta:

–¿Cómo te fue con el tunco?

¡Mmm! Casi me muero del dolor que me agarró en el pecho, ese Chema era ¡metido!

Yo le dije que bien, él me preguntó ¿y no te pasó nada?, a todo eso, la María ya había entrado y yo sentí entonces una gran vergüenza que no hallaba que contestar, porque no podía mentirle de frente a ella, ella era muy especial para mí.

Tampoco podía llorar porque eso a ella no le gustaba. Así que me quedé callada y la María me dijo:

–Mira que sucia venís, anda lávate y come.

Yo me sentía tan abochornada, que le dije la verdad.

–Mira María, el tunco se me soltó, yo corrí para agarrarlo, pero ese animal tenía al diablo metido y desapareció, yo creo que se lo llevo la Siguanaba porque agarró por ahí por el río y ya no lo vi.

Chema se puso a reír.

–Ese tunco yo lo agarré, me dijo.

–Veníamos de la corta, bajando del cafetal, cuando lo vimos corriendo pero suavemente, ¡suerte que pasó a la par! y como soy listo le patiné la cuerda con todo y se lo traje a la María.

– Bien dije yo que vos lo habías perdido.

La María no dijo más que: - apurate a comer Mena.

A los dillitas destazó el tunco la María.

**¡CON QUE GANAS ME COMÍ LOS CHICHARRONES
DE ESE TUNCO HIJO DE PUTA!**

NO ME GUSTAN LAS MUÑECAS

Estaban las dos hermanitas, únicas mujeres de 6 hermanos, listas para jugar un ratito. Con tanta pobreza alrededor y tanta hambre en las barrigas que no hay tiempo para jugar, solo para trabajar; así que había que lograr los ratitos que se podía.

Me gustaba jugar a la tiendita con la María Luisa, a ella no mucho le gustaba porque era de trabajar, a ella le gustaba jugar con unas muñequitas que hacía con bejucos de sorgo, y las vestía con tiritas o con pedacitos de costal, solo de eso jugaba.

¡Tan tonta la María Luisa!

Les hacía de comer, hechaba en una cacerola vieja un poquito de agua, le ponía piedritas chiquitas y unas piedras pomas para el sabor decía, zacatillo, mozote, esas eran las verduras y también decía que les hacía pescado, eran hojas de bambú, la leche era el agua chuca con jabón que salía de los trastes, pero ella decía que estaba rica la leche; les lavaba la ropa decía ella, los zapatillos se los hacía de pegostillos de lodo, los acostaba a dormir...

—¡a la gran púchica vos María Luisa! sólo cuidando esas muñecas pasas. Le dije.

Y la muy bruta me contestó que no eran muñecas sino “sus hijos”

—¡vos si ve! le dije yo. Que no ves que solo choleroando pasas...

mejor juguemos de tienda, vos me compras y yo te vendo.

¡No quiso la muy cabra! ahí me dejo jugando solita, así que me puse a echar tortillitas de lodo para vender, ya tenía un mi rimerito

hecho, cuando oigo llorar a la María Luisa, hasta los mocos le chorriaban.

Le pregunté:

–¿Qué te pasa, te duele la panza?

–¡No! - me contestó. –Es que se me murió un niño.

En mis adentros le quería dar un vergazo, pero me dio lástima verla llorar de verdad, tanto que la contemplé, y me dijo entonces:

–ya lo voy a enterrar, quédate te voy a dar café con pan.

Yo creí que era cierto que me iba a dar cafecito con pancito y me quedé con ella, hincaditas las dos, le rezó al niño muerto, abrió el hoyo y lo enterró.

¡ESA MUJER SI QUE LLORÓ Y A MOCO TENDIDO!

Allá en San Pedro habían unas mujeres que les decían “Ubaldas”, a ellas se les pagaba para ir a llorar a los velorios cuando el difunto no tenía quién le llorara y también se les pagaba para ir a los rezos, cofradías y de acompañantes para los bailes del pueblo.

Le dije a la María Luisa por molestarla:

–Si querés te llamo a las Ubaldas para que vengan a llorar, pero si les dan ataques te van a cobrar más.

Bien enojada la María Luisa, y yo más, porque cada vez que jugábamos se le moría un niño; en ese afán se le murieron cuatro, les ponía cruces en las tumbitas y hasta rezo de 9 días les hacía.

Yo creo que por eso se le murieron 2 hijos cuando ya fue mujer, porque ella misma llamó la mala suerte.

Por eso las niñas, no deben jugar muñecas porque solo andan pensando en criar hijos y eso no es bueno, hay que jugar de cosas que den pisto.

A mí me gustaba ver a la María Luisa y acompañarla en los rezos y en el luto, porque a veces de verdad, le quitaba café de olla a la María y como era bonita, le sacaba unos pancitos buenos a algún bicho baboso y ahí era donde lograba yo.

¡LÁSTIMA QUE NO ME OFRECÍA TAMALES!

LO BONITO DE LA ESCUELA

La Mena se comía unos guineos majonchos, cuando comenzó a decir:

A los seis años comencé a ir a la Escuela, no me querían agarrar porque no cumplía la edad, a los siete años era que llegaba uno a primer grado. Antes no había kínder, esas son babosadas. Antes se estudiaba todo el día en la mañana y en la tarde.

¡Bien bonito era!

La María le pidió a una profesora que me agarrara porque era bien inteligente, le dijo que me probara, la señora muy amable le dijo:

—¡déjemela pues!

Bien galán sentí yo, aunque tenía miedo por la matrícula, creía que me iban a tirar de unas gradas hasta caer quebrada en pedacitos, pero tanto era mi deseo de estudiar que no me importaba quedar jodida, **¡ya iba a ir a la escuela!**

No tenía zapatos, ni uniforme, tampoco en qué escribir, mi mamá era bien pobrecita.

Me acuerdo que me dio un pedacito de papel de empaque para escribir y la señorita me regaló un cutuquito de lápiz y me dijo:

–Cuídalo, esto te tiene que durar.

Yo “hasta besaba el pedacistillo de lápiz”.

Aprendí rapidito a leer y a escribir, tenía que hacerlo rápido porque para poder escribir las clases tenía que copiar, memorizármelo, borrar y volver a escribir en el papel de empaque que fue mi cuaderno hasta segundo grado.

Como pasaba cerca de una Unidad de Salud, al ir y volver a la casa, ahí recogía los taponcitos de la penicilina y con eso borraba.

A veces la Lupe, una señora que vivía con nosotros, me compraba unos dos guineos majonchitos, eran mi desayuno y mi almuerzo, ¡tan ricos! ¡tanto que me gustan todavía!, eso era parte de lo bonito de la escuela.

Para llegar a la escuela caminaba iiiiiiiiii...un gran montón, pero me gustaba, y lo mejor es que no me tiraron de las gradas. Cuando me enseñaron a sumar, a restar, multiplicar y dividir, yo me sentía poderosa jajaja, quería ser como la señorita y pensaba que así le pudiera ayudar a la María, lástima que solo llegue al segundo grado.

–¡Ah! ...pero, antes un segundo grado era como el bachillerato de ahora, antes sí le enseñaban a uno, pero hoy... ¿qué?

A veces sueño que estoy estudiando, veo los pupitres, siento el olor del yeso, me sueño con uniforme y zapatos lustrados, ¡cuánto me hubiera gustado eso!, seguir estudiando.

Lástima que antes tanta ignorancia, yo no sabía que, aunque uno esté viejo podía seguir estudiando, me hubiera gustado ser profesora, abogada o una cosa así.

Cuando se murió mi papá, la pobre María ya no alcanzó para darnos de comer solo ella, así que todos teníamos que trabajar.

Pago de chucho nos daban, los viejos desgraciados, hacendados hijos de puta que nos agarraban de sus mozos, a todos nos jodían; pues sí, como uno indio ignorante, ¿cómo nos defendíamos?

Por eso estudien...siempre acuérdense:

**“TANTO TIENES, TANTO VALES
NADA TIENES, NADA VALES”**

ABONANDO EL CAFÉ

A los siete años, tuve mi primer trabajo. Yo contenta cuando me dijo Chema que ya estaba buena para irme con ellos a trabajar a la finca de café. Yo bien alegre, me levanté tempranito; a bañarme iba cuando me dijo la María Luisa:

—¿Y qué vas a hacer vos?, hay te bañas después.

Nos tomamos un poquito de café con un pan dulce, me puse un suéter, agarré mi canastillo de bejuco y nos fuimos caminando cuesta arriba para ir a jornalear, eran las tres de la mañana, a las 4:00 de la mañana ya había que estar en el puesto. ¡Según yo ahí no costaba!

Y voy viendo... el montonazo de gente haciendo la cola para entrar, de eso dependía el surco que les daban, a veces unos palitos estaban bien cargados, pero otros... todos pelones y también había gente viviana, si los palitos estaban enmarrados, se robaban el grano.

Cuando comenzaba a clarear ya uno tenía que estar en posición, para la corta, lo importante era ver bien el color de los granos para agarrar los maduros.

Cuando entramos le dijo Chema al Administrador:

—¿Será que puede ayudarnos con un trabajito para ella?

Yo creía que con ellos me iba a quedar, pero ¡NO!

—¡Ah seguro!, dejémosla abonando.

Le dijo el Administrador

–Gracias patrón. Le dijo Chema.

Le pregunté a Chema, qué iba a hacer yo, y me dijo el muy tunante:

–Poner la mierda a los palitos

Más tardecito, aquella alegría de la madrugada ya se me había ido y entendí que Chema no me había mentado.

Era medio casi medio día, pero yo sentía eterno aquello, me dieron una tarea, más de 600metros cuadrados, eran un vergo de palitos de café y aquel gran calor sofocante, yo ni agua había llevado y solo me ponía a pensar...que galán los niños que están en la escuela y yo aquí...con la cabeza bien escurrida de mierda, porque como los costales eran de naylor, toda la caca se salía.

Después de ese día se me borró la sonrisa, porque todos los días eran...

“LA MISMA MIERDA”

UNA CABEZA DE CHIVO

En uno de esos días lluviosos, donde hasta tetuntes caen del cielo, me sentía algo aguada, creí que estaba enferma porque todo, todito me dolía.

No paraba de llover y el gran charcal que se veía afuera de la casa, huacales regados por la casita de bajareque, con esas láminas podridas que hasta cernía adentro.

La María como siempre trabajando, casi ni hablaba ella, pasaba bien ocupada.

Me acosté un ratito, cerquita de mi hermano Chepito, era el menor, ¡pobrecito Chepito!, siempre andaba triste el niño, todo panzón, todo lumbrizoso, solo era dolores de cabeza. Agarré ánimo y le pregunté:

–¿Querés jugar Chepito?

–No Menita. Me respondió.

Tenía sus 7 años, pero era puro viejito. A él ya no lo mandaban a trabajar porque pasaba muy malito y no había para llevarlo al

Doctor, además en el pueblo no había y la María no tenía para el bus y así llevarlo a San Salvador.

Ya tenía ratitos de estar así, trincado en la cama. Le hice cosquillitas y no se quiso reír, así que mejor lo dejé tranquilo, me quité de la camita para que estuviera solo y me dijo algo fuertecito:

–No te vayas Menita

–Vení a calentarme un ratito, acostate conmigo, tengo frillo fíjate.

Lo toqué y tenía calentura, le dije a la María; le dio una pastilla a saber de ¿qué? y le envolvió la cabeza con un trapo impregnado de alcohol con ruda y a él lo envolvió en unas cobijas gruesas para que sudara la calentura dijo ella.

Al ratito el niño lloraba dando gritos del dolor, pedía agonizante que le cortaran la cabeza, decía el pobrecito agarrándose:

–¡María córtame la cabeza!

ponéme una de chivo mejor, ¡ya no aguanto María!

La María que era fuerte, ese día se quebró. No sé ¿quién lloraba más?, si el cielo con esa gran tormenta que no paraba, o la pobre María que casi echaba el corazón abrazando a su muchachito.

Todos estábamos impotentes. Yo tan tonta que le dije a la María:

–Si querés voy a buscar un chivo para cambiarle la cabeza a Chepito.

La pobre María más lloraba. Todos mis hermanos también, yo no quise llorar para que el niño no me viera y como “ella” la María, nos había enseñado que pasara lo que pasara nunca teníamos que llorar, yo no pude llorar con mis ojos, pero mi corazón estaba hecho pedazos.

Chepito seguía gritando, suplicando por su cabeza de chivo, al rato se quedó quieto, coloradito, ya no movió los ojos, se quedó ahí viendo a la María, acurrucado en su pecho, envuelto más que en cobijas, en el amor de su mamá que impotente por la maldita pobreza no pudo hacer nada por su niño, por su chiquito, por su Chepito.

La lluvia había disminuido pero el cielo seguía como si estuviera llorando también.

¡Un angelito se fue! Tanto que quería a mi Chepito

Por eso a mi hijo se llame como se llame siempre le diré Chepito.
Dijo la Mena.

(La Mena tuvo 2 hijos, una mujer y un hombre. Hasta hoy, su hijo menor es conocido por Chepe, aunque su nombre es otro; toda la vida la Mena lo llamó como a su hermano menor).



*Única fotografía de la **María**, la madrecita de la Mena.*

PARTE II- “LA ADOLESCENCIA”

EL SUSTO DEL VIEJITO

Caminando por el pueblo de San Pedro Nonualco, cerquita de escuelita, con una lata de manteca de tunco en la cabeza, repartiendo el encargo, sentí una cosa que se me desprendió del vientre. Creí que se me había bajado la vejiga porque hasta ganas de orinar sentí.

Cuando pasé por el portal de una casita, estaba ahí sentado un viejo fello fumándose un puro. Le dije que por favor me ayudara a bajar la lata de manteca y me dijo que no tenía fuerza, que viera si otro podía, así que mejor terminé de repartir la manteca, para no rogarle a otro viejo huevón. Y cuando desocupé la lata, me metí en un montecito, quité la cerca de palos de jiole y me acurruqué detrás de un palo de mango.

¡Yo que me bajé el calzón y lo voy viendo todo manchado de sangre!, yo dije:

—¡se me salieron las tripas!

Me fui en carrera para el río, me quité el calzón, lo restregué con agua y lo puse a secar en una piedra gorda. Me senté en una poza grandecita bien afligida, el corazón me latía rápido, creí que me iba a morir.

La poza se ponía cada vez más colorada, yo botaba el agua y la volvía a llenar y nada, aquello me seguía saliendo.

Como ya había pasado un buen rato, me paré y me bajó por la pierna un chorro de sangre, me estaba muriendo y la rabadilla me dolía un montón, ¡hoy si me voy con mi Chepito! dije yo.

Me paré alacito de una piedra gorda, algo afligida porque no sabía cómo decirle a la María que me iba a ir con Chepito, la pobrecita se iba a poner más peche.

Pensando me quedé, cerré los ojos y me puse a pedirle a Dios que le ayudara a la María, porque ella sola no iba a poder para tantas bocas, cuando sentí una mano en la espalda, y una voz dijo mi nombre... era la María Luisa que había llegado a traer agua.

—¿Qué te pasa? Me preguntó

—¡Hay María Luisa!, le dije, -vos no sabes que fello es esto.

—¿El cuál vos? Me dijo ella.

—Mira por andar haciendo fuerzas con las latas de manteca, ya me estoy desvaciando María Luisa.

—Ya pasé sentada en la poza un buen rato y este sangrerillo no se me quita y me duele la rabadilla como si me han garroteado.

—Pensando estaba cómo le digo a la María que me voy a ir con Chepito.

—¡Callate loca! Me dijo la María Luisa,

—vos no te estás muriendo, solo que ¡ya te asustó el viejito!

—¿El viejito?, no ese viejo fello no me asustó, cólera me dio por huevón que no me quiso ayudar.

Yo creí que me hablaba del viejo aplastado en el portal de la casa que no me ayudó a bajar la lata de manteca.

Ella asustada me dijo:

–¡No Mena!, mira a las mujeres cuando cumplimos de 12 a 14 años nos viene a asustar el viejito

Y yo le insistí – A mí no me ha asustado nadie

Ella se puso a reír y me explicó:

–Así se dice cuando a uno le baja ese chorrillo de sangre, eso quiere decir que ya te vino la regla, siempre te va a venir, pero por eso uno no se muere, solo que ya podés tener hijos.

–¡UY! Yo no quiero tener hijos vos- le contesté

–Si no tenés marido no vas a tener hijos, pero si tenés sí. Todos los meses te va a venir a asustar el viejito, hoy si ya te asustó. Tenés que decirle a la María para que te regale trapitos para que no te chorriés, esos los lavas y te los volvés a poner.
Me dijo la María Luisa.

–Mira María Luisa, le dije yo - pero a mí me duele la rabadilla.

Ella me respondió:

–Eso así es Mena, y a veces también te va a dolor la cabeza o las patas. Todas las mujeres pasamos por eso.

Antes los papas ni en la escuela, a uno nada le decían de esas cosas; uno era bien ignorante.

Ustedes no se vayan a bañar cuando anden así, ni coman cebolla que se les va a hieder la cosa, ni aguacate porque se les va a podrir, ni fruta por lo helado, ni corran, ni salten, ni anden descalzas eso es malo. Se pueden resfriar la sangre.

–Ahora ya están sabedoras para cuando las venga a asustar el viejito.

Les dijo la Mena a sus nietas al terminar de contar su pasada.



La Mena a sus 15 años.

LAS LEYENDAS EN SAN PEDRO

EL BURRO BLANCO EN EL PUENTE

Limpiando maíz, sentadita en su silla de pita de plástico, con lentes puestos y muy concentrada, contó la Mena que su papá decía que en el puente que va del río Jiboa al otro lado, salía en la noche un burro blanco que se quedaba a medio puente y ya cuando uno iba cerquita aparecía un cipote de blanco a la par, si el burro se paraba, el que iba a cruzar el puente, lo cruzaba pero para el más allá, se subía en el burro y ya nadie sabía del fulano en el pueblo.

Pero si el burro no se paraba, uno podía seguir su camino.

–Y... ¿Usted Mena, pasó alguna vez de noche por ahí?

Le preguntó Jorge, su sobrino que la escuchaba.

–Una vez si lo vi, pero parecía un bulto chele, no atiné bien que era; pero como íbamos con la Lupe para la casa, no nos detuvimos a ver bien.

–Pero si tanta fuera la necesidad de pasar por allí, me llevaba un corvo y le corto las patas al burro cerote para que no se pare y si es posible al bicho también.

Y Jorge le respondió:

–Es que Usted Mena ¡sí tiene valor!

–ALGO. Le contestó ella con una risita pícara.

EL HOMBRE DEL CABALLO NEGRO

Siempre decían en el pueblo que a media noche se paseaba un hombre alto y fornido, vestido de negro, con sombrero de ala ancha negro también, con capa y con un caballo que hasta brillaba de negro y que era tamaño animal.

Los días de velas en San Pedro, siempre se paseaba enfrente de los muertos para ver a quién le llevaba el alma.

Yo no creía esos cuentos de la gente, hasta que Chepito se murió.

Cuando le hicimos la vela al niño, bien me acuerdo, que como a eso de las 12 de la noche se oía el galope de un caballo en medio de aquel silencio del campo donde sólo lloraba uno por su muerto, uno que otro grillo y alumbraban más los culitos de las luciérnagas que la triste luz del candil.

Uno con los ojos aguados y el gran pesar, a veces se oía el rezo, pero por ratos las rezadoras se callaban y la gente tomando café, sólo café porque ni pan había. Todos tristosos estábamos, en eso que oímos los cascos

“pitico, pitico, pitico” le hacía,

Todos solo nos mirabamos unos con otros, la cajita del niño estaba abierta y como la puerta estaba abierta de par en par, vamos

viendo aquel gran hombre montado en su caballo negro, levantó el caballo de las patas de adelante con la pita que amarraba los frenos y miro para adentro en dirección de la caja y como yo estaba a la par de la cajita del niño...

¡BIEN LE VÍ LOS OJOS!

¡Le brillaban en medio de la cara negra!

Silencio sepulcral de todos en la vela, la María se paró de la banca de madera y se le puso enfrente de la puerta, él despego la mirada del ataúd, el caballo relinchó y siguió su camino.

Ahí si sentí que se me salió el alma del miedo, pero no lo demostré, ese diablo hijo de puta no se iba a llevar a Chepito.

Dijeron las rezadoras:

–Por suerte, el niño ya estaba bautizado, por eso solo lo vio y se fue.

No éramos católicos, pero creíamos en Dios, y a todos nos habían bautizado mi papá y mi mamá y bueno fue, porque si no ese diablo fello se hubiera llevado al niño.

Siempre pasaban esas cosas en San Pedro, a saber ¿por qué?, mucha maldad había ahí o quizá mucho muerto y la sangre de toda esa gente que corrió más fuerte que el río era la que fregaba el pueblo. ¡Digo yo pues! decía la Mena.

LA MIGRACIÓN A SAN SALVADOR

Una noche de esas en las que la Mena se ponía nostálgica, pero sin demostrarlo en su rostro, hablaba con sus nietas; no se le quebraba la voz porque era firme, pero cada palabra, estaba sumergida en mucho dolor.

Nosotros -dijo- éramos tan pobrecitos que para cepillarnos ocupábamos carbón y para vitaminarnos cáscaras de huevo molida nos daba la Marillita, ¡ah! y mi jabón de cuche no lo cambio por nada, bien bonito me deja el pelo, ¡hasta la fecha!

Me acuerdo cuando se vino la María con nosotros de San Pedro, porque allá ya no había trabajo bueno, parecíamos pollitos detrás de la gallina caminando todos en fila.

Cuando llegamos a San Salvador ni zapatos traíamos, teníamos hambre y tuvimos que tocar las puertas de varias casas pidiendo algo que comer, fue la única vez que por mera necesidad “pedimos”, eso es fello, la gente nos miraba con desprecio, hasta con asco creo yo y bañados sí andábamos pero con unos chirajitos humildes.

¡Como pasamos necesidad ese día!

La pobre María se puso a llorar porque ya no aguantó, desde que mi papá se murió ya nada fue igual para nosotros.

La María se apagó, ya casi no hablaba, solo afligida pasaba, viendo cómo hacía para estirar los frijolitos.

Ese día nos regalaron unas tortillas duras y un poco de sal, con eso comimos, dormimos en la calle, nosotros, porque la María no durmió cuidándonos junto con Chema, y cuidando los dos tanatillos que llevábamos.

Cuando amaneció teníamos frillo, de madrugada caminamos para entrar en calor, hacia una finca donde decían que nos podían dar trabajo y por suerte así fue, agarraron a la María para hacer oficio y mis hermanos y yo trabajamos en la corta de café, ahí nos daban donde dormir en un gran galerón.

A veces todavía sueño con San Pedro, sus calles empedradas, las cofradillas, cuando eran fiestas en el pueblo la María Luisa como era bonita si se iba a bailar, como ella era chelita siempre le salían muchachos.

Me acuerdo de los historiantes, tan bonitos los trajecitos, tan bonito que bailaban, “chalán” “chalán” sonaban los corvos al golpear las piedras. Mi casita de bajareque con ese tufo a tierra mojada. “No se dice olor porque es malo, se muere rápido uno...dicen”.

Respiró profundo, se calló un momento y dijo:

...Y siento el olor a café de maíz recién hervido, comiendo mis majonchitos, veo el río, siento la frescura del agua y me imagino bañándome con mi huacalito de morro, jesa agua era rica, bien heladita!

Lástima que también mi San Pedro, huele a tristeza, sabe a pobreza y a mucho dolor.

¡TAN BONITO MI SAN PEDRO!



San Pedro Nonualco.



Los historiantes. (Fotografías tomada de blogspot)

PARTE III- “LA JUVENTUD”

LAS PUTAS

Cuando crecí mi poquito, me consiguieron trabajo en la IUSA, era una fábrica de telas, ahí comencé de a poquito y después como me porté bien y me aprendí rápido el funcionamiento de las máquinas me pusieron de supervisora, jese trabajo era delicado! pero yo no era cualquiera, era bien inteligente.

Salíamos bien noche a veces, porque hacíamos turnos; en una de esas, salí como a las once de la noche y el microbús que llevaba a la gente de la fábrica para sus casas ya se había ido a dar la primera vuelta y me tocó esperarlo.

Me fui a poner en la parada de buses porque ahí iba a llegar el microbús, unas mujeres llegaron a pararse también vestidas bien apuñadas, unas parecían chacuatetes y otras puros gusanos peruchos, jajajaja, fellas las mujeres.

El microbús no llegaba, y en eso venía la policía, se bajaron y dijeron que nos subiéramos a la patrulla, yo les dije que esperando el microbús de la fábrica estaba y de un empujón me dijo el hombre que me subiera. ¡Viejo desgraciado!

Me embartolinaron y me ficharon como si yo fuera puta, una de las mujeres vestida de gusano perucho, me preguntó por qué también me habían subido con ellas cuatro, yo le dije porque decían que yo también era puta, y la mujer me dijo que si no me veían ¿cómo era yo y cómo andaba vestida? y que ni tile me echaba en los ojos. Mujer más desgraciada, siquiera hubiera sido bonita pero era fella y aguada.

Yo ese día por desgracia me había puesto unos aritos ¡quizá por eso me metieron con la marabunta de viejas putas!

Del sueño nos dormimos, la fregada fue a la hora de bañarnos, nos pasaron a unos sanitarios y sólo había una manguera y la misma mujer esa se fue conmigo, yo tenía miedo pero si me quería hacer algo iba lista con mis zapatos para darle unos vergazos, pero ... ¡no hubo necesidad!

Lo malo fue que la cochina se metió la manguera en la cosa y después bebió agua.

¡Wacala! ¡que gran cochinada!

Ya no pude bañarme ni tomar agua. Así me tuve que quedar.

Me platicaron que así ganaban, que como era fecha de pago siempre les salían hombres y ahí aprovechaban, por eso se quedaban cerca de la fábrica.

Unas tenían hijos, otras creo que eran ganas de joder, de pura calentura. No sé quién aviso en la fábrica y de parte de ellos me mandaron a sacar.

Todas las putas cuando ya me iba me decían:

–¡Mucho gusto niña Mena! ¿a ver cuándo nos vemos otra vez?

–¡OJALÁ QUE NUNCA! les dije yo.

¡Ni Dios permita volver a pasar esa gran vergüenza, esa gran humillación!



La Mena con sus aritos.

EL ENAMORAMIENTO

Estando la Mena con sus nietas, sentadas una tarde haciendo para la venta, las bolsitas de especias, una de ellas le preguntó:

–¿cómo tuvo dos hijos mamá Mena, si no tiene esposo?

La Mena que era enojada y esas cosas no se le podían preguntar, le dijo:

–¡Ve que bicha más meque!

Y después de un rato de silencio, volvió a hablar la Mena y les dijo a las niñas:

–...A ese señor, lo conocí siendo capataz en una finca, no me gustaba ni fuimos novios ni nada, pero la necesidad obliga. En ese tiempo todos mis hermanos y la María vivíamos en esa finca, ese señor nos daba donde dormir y donde trabajar. A veces la ignorancia hace que uno haga babosadas.

Él me entuturutó, nunca vivimos juntos, yo no lo quise nunca, yo no sirvo para estar choleriendo a ningún hombre; de ahí nació su nana.

Después de varios años de no ver al señor ese, llegó al cumpleaños de su nana y le llevaba un pastel, ¡lo único que le dio en la vida! y a mí me dejó otra panza de donde nació Chepe.

Aprendí que todos los hombres son malos y solo quieren burlarse de uno, por eso con los hombres no hay ni que reírse porque confunden.

Después de un momento de silencio, dijo:

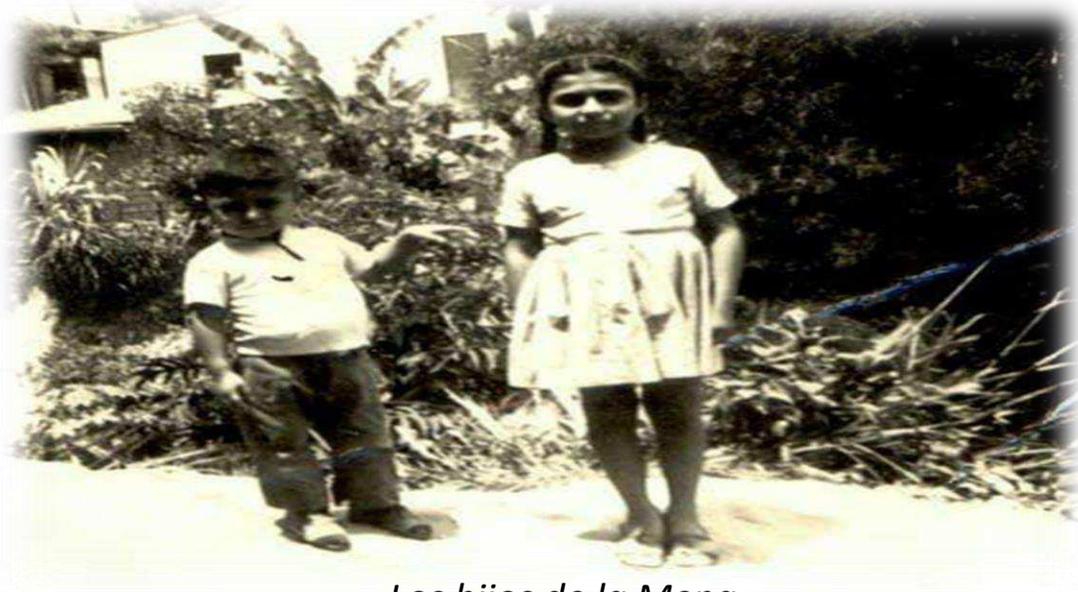
–Ustedes no deben tener amigos varones nunca y no deben pelarle los dientes a nadie, los hombres confunden. Después las van a panzonear y las van a dejar tiradas.

Las niñas no entendían, pues eran pequeñas y aún ignoraban muchas cosas, estudiaban en escuela de niñas y no tenían amistades, la Mena no las dejaba.

Ellas callaban y escuchaban atentamente lo que su abuela les decía.

LA LUCHA

Después de la muerte de la María por Neumonía, la Mena decidió dejar de trabajar en la fábrica de telas, pues la mota que desprendía el algodón le provocada constantes hemorragias nasales y alergias, que cada vez se hicieron más complicadas, además ya no tenía quien le cuidara a los hijos.



Los hijos de la Mena.

El mejor oficio que su mamá le había enseñado era destazar cerdos, así que a eso se dedicó por un buen tiempo. El oficio era muy sacrificado, pero beneficioso en ganancias e hizo de la Mena una mujer de negocios.

Con las ganancias de las ventas, compró sus propios cerditos, los crio, eran dos mancuernas, éstos tenían su propio chiquero, los hijos de esos cerditos a veces eran vendidos y a veces eran destazados.

La Mena era una mujer guerrera, valiente, luchadora, era muy estricta; nunca hacía ni permitía que le hicieran una caricia, porque para ella la gente melosa era gente hipócrita. Era positiva para los negocios, pero negativa para los sentimientos y el amor. Claro, había que entenderla, nunca recibió ni un abrazo ni una caricia la pobrecita.

Con esfuerzo y sacrificio compró su casita, Jorge su sobrino se la construyó, después puso una tiendita; en la casa vivían la Mena, sus dos nietecitas a quienes crio como hijas suyas desde que tenían dos y tres años y su hijo menor Chepe.

PARTE IV- “LA ADULTEZ”

QUE JODER CON LAS PELOTAS

Llegaban todos los días en pleno verano, después de la escuela, como a eso de las 4:00pm, varios cipotes de la colonia a jugar con una pelota de plástico, que por cierto vendía la Mena.

Los cipotes gritaban y corrían, se escuchaba pelotazo aquí, pelotazo allá.

¡Pelenquén! Sonaba en las láminas de los techos de las casas.

¡Pelenquén! volvía a sonar.

La Mena encachimbada, estresada de tanta bulla porque jugaban justo enfrente de su casa, ya que era la casa del centro de la colonia, agarraba su huacalada de agua, le ponía criolina, gas y pinesol y se las tiraba, para que se fueran, decía ella.

Los cipotes bien alegres, le decían gritado:

¡GRACIAS NIÑA MENA!

Jajaja, Creían que era agua jabonosa para aplacar el polvo. La Mena se enojaba más, esperaba otro ratito y volvía a hacer lo mismo y los cipotes siempre le decían:

¡GRACIAS NIÑA MENA!

Ya enojadísima, en una de esas la pelota voló y cayó cerca de la puerta, la Mena fue más rápida que los cipotes y agarró la pelota, le metió el cuchillo y la partió en dos.

Los cipotes le pidieron de favor que les alcanzara la pelota y ella se las tiró partida en dos y les dijo:

– “Aquí está su pelota” **PARA QUE DEJEN DE JODER.**

Los cipotes, que eran cuerudos, hacían la cabuda y compraban otra pelota, lo raro y lo curioso es que se la compraban a la Mena, quien gustosa se las vendía y hasta les daba a escoger el color.

¡Ah la Mena!

COMO SIEMPRE LAS PELOTAS

Como siempre los cipotes llegaban a jugar cerca de la casa de la Mena, ese día se les ocurrió jugar voleibol, amarraron una pita desde el muro de la casa de la Mena hasta la casa de la vecina, “la vieja chele”, en palabras de ella; le decía así porque era su competencia, tenía tienda también, ese era el enojo de la Mena.

“Nada desesperaba más a la Mena que las pelotas”.

Cuando llegó la noche, como a eso de las once, todo silencio... nada de ruido, sale la Mena con un cuchillo para cortar la pita, se para en un montoncito de ripio para alcanzar la bendita pita, y en eso pone mal un pie, se dobló uno y le cayeron las piedras encima para más fregar y ni pudo cortar la pita.

Agarró el cuchillo, entró patoja a la casa y dijo:

–¡Bichos desgraciados!!Pero ya van a ver!

Tardó quince días que se desinflamara del tobillo y tuvo que soportar las sobadas del sobador, solo aturraba la cara y viendo por la ventana de la tienda la pita, decía:

¡PERO TE HE DE CORTAR PITA HIJA DE PUTA!



La tienda en competencia de la Mena. A un lado, el árbol es donde amarraban la pita para jugar, unida al cerco de la casa de ella. En la fotografía, lindero del poste con alambre de púas.

LAS PISCUCHAS

Una tarde de octubre, cuando los vientos soplaban intensamente y aquellos cielos se vestían de colores, aleteaban en él como pájaros llevados por niños, las bellas “piscuchas” hechas de plástico, periódicos y varitas de bambú. Dijo la Mena:

–¡Qué bonito se ve eso!

Lástima que esas babosadas todas se enredan en los alambres de la luz y estos monos cerotes para bajarlas tiran un montón de piedras que revientan las láminas.

¡Oy! Hasta aquí oí el vergazo, después uno no haya cómo hacer para andar tapando las goteras. Estos bichos hasta zapatos viejos todos puchcos les tiran, ahí quedan maneados en los alambres.

Interrumpe su monologo un clientecito que llegó a comprar a la tienda y le dice:

–Niña Mena ¡véndame una piscucha!

–¿Qué color la quieres papita?

Le contesta ella, mostrándole la variedad.

Irónicamente al irse el niño dice:

–¡OTRO QUE VA A JODER LOS ALAMBRES!

TODO ME SALE AL REVÉS

EL BOCADO PARA EL CHUCHO

Llegaba un chucho baboso callejero a romper la basura todos los días. Un día la Mena enojada, dijo:

–¡Ya sé! Le voy a dar bocado, a ese chucho que tanto chinga.

En la Colonia donde vivía, abundaban tanto los chuchos como las ratas; por eso, para espantarlas, ella tenía un gato al que le decía “michito”.

Preparó un chorizo con veneno para ratas y se lo puso al pobre chuchito que llegaba a destapar las bolsas de basura, buscando algo para comer. Como a las cuatro horas después, entró el pobre gato con temblores y echaba espuma por la boca, lo agarró la Mena bien asustada y dijo:

–¿Qué le habrá pasado al michito? ¿qué le puedo hacer a mi pobre gatillo? ¡creo que ha comido veneno!

En eso... ¡se acuerda! ... sale a revisar la basura... ya no estaba el chorizo y el chucho justo iba llegando.

La Mena alarmada dijo:

**–¡POBRECITO MI MICHITO, SE ESTÁ MURIENDO!
ESTE CHUCHO CEROTE TIENE LA CULPA POR NO HABERSE
HARTADO EL CHORIZO TEMPRANO.**

LA SILLA PODRIDA

En la pila de la Mena, que estaba en el patio al aire libre, a veces le caían piedras, la gente o los cipotes perversos tiraban bolsas amarradas con basura.

Un día la Mena encontró un abolsa de basura adentro de la pila, costaba llenarla porque era de 25 barriles, se enojó muchísimo porque para llenar esa pila se trabajaban dos días seguidos y se traía el agua desde un chorro público. Ella dijo que el de eso era don Isabel, que vivía al lado del patio.

Se puso bien entregada a amarrar una bolsa llena de basura también, para vengarse. Se fue al patio, con la idea de tirar la bolsa a la casa del vecino Isabel, había una silla vieja ahí, era de madera delgada, había pasado ahí todo el invierno, la Mena se quiso subir a ella y cuando se paró, por el peso... los pies se le hundieron adentro de la silla, se dio la vuelta, se golpeó las costillas, quedó morada de las piernas y la basura le cayó encima.

No quiso pedir ayuda para que el vecino, no la escuchara, así que como pudo se desmanó sola de la silla podrida y se levantó, caminó despacio hacia la sala de la casa y cuando le preguntaron ¿qué le pasó? dijo:

¡A uno que es buena gente todo le sale al revés,

a estos viejos desgraciados y malandrines

¡TODO LES SALE BIEN!

EL PALO DE AGÜACATE

La Mena se quejaba de las hojas que caían en el techo de su casa por culpa de un árbol de aguacate propiedad del vecino, la Mena se quejaba y se quejaba.

Un día dijo:

–Quiero comprar algo para secar ese palo porque tanta hoja me tapa los canales y aquí se me está humedeciendo la pared y los agüacatazos me están rajando las láminas de duralita.

Una de las nietas que la tenía bien observada, le preguntó:

–¿Está segura?, mire que cada vez que ha querido hacer algo, le sale al revés, quiso matar al chucho y mató a su gato, quiso tirar basura al vecino y casi se quiebra las costillas, quiso cortar la pita de juegos de los cipotes y se dobló el pie...mmm... piénselo bien.

¿Qué tal si tira el veneno para secar el palo, se seca y las ramas caen en la casa? le va a botar la pared y a rajar todas las láminas de los cuartos.

La Mena respondió:

–¡Sí verdad! ¡es capaz!

A mí todo me sale al revés, hay que sigan cayendo los agüacatazos pues.

“PERO DE QUE ME DAN GANAS, ME DAN GANAS”

COSAS DE LA MENA

Estando la Mena colocando pan dulce (“Semita mieluda”), en la panera de madera, un día por la tarde... estaba de visita en la casa, su sobrina nieta Rubenia, de 6 años.

Rubenia, recién se había peleado con Rosita, una de las nietas de la Mena. ¡Cosas de niñas! Y fue a ponerle queja a la Mena para que regañara o castigara a la nieta, y le dijo:

–Mire mamá Mena, la Rosita me pegó en la espalda

La Mena que estaba ocupada en su labor con el pan, le respondió:

–¡Hay mamita! Ya no jugués con esa bicha

Rubenia volvió a decirle:

–Es que mire mamá Mena, me dio un gran vergazo en la espalda

La Mena le contestó:

–¡Sí mamita!, espérame, ya voy a ver eso.

Durante todo ese tiempo, no había mirado a la niña, solo le respondía, porque estaba concentrada en la acomodación de la semita. Para eso, se inclinaba un poco y metía los brazos y la cabeza en la panera para arreglar el pan de la mejor manera posible, evitar que se dañara y para que se viera atractivo a la clientela.

Rubenia le dijo otra vez, ya indignada porque se sintió ignorada:

–Es que mire mamá Mena, me duele

–¡Sí mamita, sí! Ya voy a ver eso. Le volvió a decir la Mena

Ni bien había terminado de decirle, cuando Rubenia le dijo otra vez:

–¡Así me pegó mire!

Al mismo tiempo que le habló, le soltó un gran vergazo de palmada en la espalda, mientras la Mena se agachaba a meter el pan.

... ¡ESO FUE DANDO Y DANDO!

Al instante rebotó la pobre Rubenia contra unos sacos de maíz, porque la Mena con la espalda ardorosa se volteó y de un ganchazo por allá la voló.

¡Pobre Rubenia, salió jodida!

Y le dice la Mena: –**¡YA VES POR NO ESPERARTE, LO QUE TE PASÓ!**



En la fotografía, de izquierda a derecha: Rubenia, sobrina de la Mena, Rosita y Carolina, sus nietas. 6, 9 y 8 años respectivamente.

UNO TAN FELLITO

En la época de la televisión ¡una gran cosa!, la Mena pudo comprar uno en blanco y negro. Un día, pasando los canales encontró cantando a Celia Cruz, una artista cubana que despuntaba por su forma peculiar y única de cantar música salsa y en otro canal pasaban un concurso de belleza Miss Universo, la Mena dijo:

–Vaya como son las cosas, que mujeres más bonitas hay en otros países. ¿A saber por qué Dios ha hecho eso con uno?, a unas les ha dado de sobra y a otras como a esa pobre vieja que estaba cantando y a mí nada nos dio, uno tan fellito.

Así cuesta más la vida, por fello uno, hasta en los trabajos lo desprecian y esas mujeres bonitas aunque no sepan ni cómo se llaman encuentran buenas oportunidades.

Le dijo una de las nietas:

–¿y Usted por qué no se maquilla mamá Mena, y por qué no se pone aritos?

La Mena respondió:

–Eso es para mujeres sin oficio, que no tienen nada qué hacer. Yo soy mujer de trabajo y no ando pensando en babosadas. Además soy negrita y así uno no necesita pintarse la cara, las mujeres cherches necesitan eso porque son muy desteñidas.

La nieta le dice: –¿ni los aritos mamá Mena?

La Mena respondió:

–Una vez quise unas argollitas, pero me fue mal, y otra vez cuando me puse unos hasta a la cárcel fui a dar, desde entonces ...

- **¡No quiero volver a ver esas babosadas
“NI EN PINTURA”!**

EL PODER DEL SALMO 91

Allá por 1983... en esa época la Mena no era católica ni evangélica, pero todos los días leía la Biblia antes de dormirse, también era supersticiosa, nunca le faltaba su sábila en la casa, sus elefantes de floreros con manojos de ruda y colocados de nalgas en fila arriba de la refrigeradora para la buena suerte, unos dientes de ajo para evitar los males en “el cumbo del pisto”.

¡Así era la Mena!

Las herraduras no le gustaban porque decía que eso era malo; era supersticioso y lo que ella hacía era prevenir nada más; lo que NUNCA faltaba detrás de las puertas de la casa era el **Salmo 91**, ella decía que ese Salmo tenía un gran poder.

Hizo que las nietas se lo memorizaran y les enseñó que cuando algo feo estuviera pasando, inmediatamente lo repitieran varias veces y aquello malo iba a desaparecer.

Un día, pasó un hombre borracho a comprar a la tienda

–Deme una gaseosa en bolsa niña Mena. le dijo

la Mena se la dio, el hombre la agarró y no le quiso pagar, la Mena que era de carácter firme, le dijo:

–Págueme la gaseosa

El hombre la insultó, le dijo una barbaridad de palabras groseras.
La Mena dijo:

–Hoy si ya me calentó este viejo cerote

Agarró un pedazo de cuartón que tenía en la casa y salió para espantar al borracho, pero...no salieron bien las cosas.

El borracho se metió la mano en la bolsa del pantalón, sacó una pistola y le apuntó a la Mena y le dijo:

–¡Ajá vieja puta, hasta aquí llegó!

Las nietas de la Mena impotentes porque estaban de 7 y 8 años, no sabían qué hacer, así que se fueron a hincar detrás de una de las puertas y dijeron varias veces el Salmo 91, teniendo fe que aquello feo desaparecería y su mamá, papá y abuela que era la Mena, iba a estar bien, era toda su familia.

De la nada un señor que pasaba le dijo al borracho:

–¡Cálmese mano, la señora es monja y si le dispara se va ir al infierno!

¡Mejor baje la pistola!

El borracho le contestó:

–A buena hora vino, porque si esta vieja es monja no la puedo matar.

Pero el balazo ¡lo tiro porque lo tiro!

Y se escuchó el gran ruido de la bala que el borracho tiró a un tragante de aguas lluvias que estaba destapado, así que el sonido fue más estruendoso.

Las nietas de la Mena seguían repitiendo el Salmo 91 con todas sus fuerzas, cuando sintieron un abrazo a su alrededor. Era la Mena, y les dijo:

–Gracias mis muchachitas, todavía no me muero.
Dios aquí me quiere tener para cuidarlas.

El Salmo 91 es un Salmo precioso, pero la fe de esas dos niñas que pusieron todo su amor en las oraciones, y la misericordia de Dios por las tres, hizo que aquel extraño llegara a detener la dirección de la bala que hubiera sido el acabose de la vida de la Mena.

“TODAVÍA NO ERA SU HORA”

LOS CASTIGOS

En la época de niñez de la Mena, decía ella que con una mirada los cipotes entendían que no debían molestar. Que eran bien obedientes los hijos a los padres y cuidadito con contestarles o hacerles un embuste.

A sus nietas siempre les dijo eso. Que entendieran con una mirada, pero como eran necias siempre les daba sus chilillazos con bambú mojado en el agua de la pila para que más les doliera y no volvieran por otra. Así se educaba a los hijos con rigor y corrección.

POR MEQUE

Un día, la Mena puso a Rosita a limpiar unos tomates debajo del mostrador de madera que había en la tienda. La niña con su trapito sentada con las piernitas cruzadas hacía su labor, en eso llegó a comprar una señora que se puso a conversar con la Mena y le dijo:

–Hay niña Menita, ¿será que puede darme unos dos litros de leche y una botella de aceite para pagarle el sábado?

La Mena le respondió:

–Fíjese que no puedo, sino con gusto, porque no ha venido la leche

Rosita que escuchaba debajo del mostrador dijo:

–¡SÍ MAMÁ MENA, ACUÉRDESE QUE LA LECHE VINO EN LA MAÑANA!

La Mena le soltó una patada a Rosita. La niña replicó:

–¿Por qué me pega?

La Mena, enojada le soltó otra patada, que tristemente, como la niña se sobaba la rodilla, le cayó en la cara, y la nariz le comenzó a sangrar.

Dejaron la conversación con la clienta, que era “mala paga” y por eso no le quería dar la Mena producto fiado.

Rosita se paró con las manitas llenas de sangre, tapando su nariz, caminó hacia el lavadero a lavarse, la Mena detrás y le dijo:

–Mira que fuerte tenés el sangramiento.

–¡Por su culpa! Porque Usted me pegó. Le dijo Rosita

–¡No! Le dijo ella

–**¡Por tu culpa, por meque!** porque a los adultos no se les debe interrumpir cuando hablan, ni los niños deben ser metidos en la plática de los adultos.

¡QUE TE QUEDE DE LECCIÓN PARA QUE NO LO VOLVAS A HACER!

HINCADA EN EL MAÍZ

Como siempre, los días en la tiendita de la Mena, eran de trabajo constante. No había oportunidad para jugar, muy poco para hacer tareas de la escuela.

Cuando Rosita y yo llegábamos de la escuela, almorzábamos rapidito, sentadas en unos costales de yute donde se guardaba el maíz, sólo había una silla en la casa y una mesa de comedor, que servía para los cartones con huevos y botellas de aceite para vender.

De la última compra que hizo la Mena, doce sacos llenos de maíz, habían salido con granos podridos y picados. A esos sacos teníamos que limpiarlos completos y lo más pronto posible, pues por las noches llegaban las clientas tortilleras a comprar.

Ese día realmente estaba cansada, ya no podía más, me dolía la espalda y tenía sueño, andaba con gripe y el cuerpo me dolía; la incomodidad me tenía agobiada. Pero en la tienda, nunca nos podíamos enfermar, mucho menos dormir un momento.

Tenía como ocho años entonces; recuerdo que ya había terminado de limpiar la última arroba de maíz, cuando me paré llevando conmigo el huacalito en el que tenía seleccionado el grano malo y por error le di vuelta en un saco con maíz bueno en lugar del saco en el que llevábamos el maíz malo.

Traté de agarrarlo nuevamente, pero fue imposible, pude agarrar la mitad solamente, la otra se mezcló con el maíz bueno, por encima, ¡claro!

La Mena se enojó, tanto que me dijo que lo hacía por molestar y sacarla de quicio. Me gritó:

–¡Soltá eso!

Salió corriendo, cortó una varita de bambú de la casa, la peló con el cuchillo para botarle las hojas, la metió a la pila y me dio de alma, hasta sacar el enojo.

No tuve oportunidad de explicarle que fue sin querer, a ella no le gustaba que uno hablara cuando lo regañaba, porque era para “calentarla más”, decía.

Agarró un poco de maíz podrido y lo revolvió con maicillo, me hincó justo donde todo el que llegara a comprar a la tienda me viera y me dijo:

PARA QUE TE DE VERGÜENZA SER DESOBEDIENTE, REBELDE Y HARAGANA Y NUNCA MÁS LO VUELVAS A HACER.

Sacó una cámara Polaroid y me tomó una foto y le dejó escrita esta leyenda:

**“COMO UN RECUERDO DE SU DESOBEDENCIA,
PARA QUE SE ACUERDE TODA LA VIDA”
Y VAYA QUE SÍ ME ACUERDO.**

DE MOJADA

Para ganar unos centavitos más, un día la Mena decidió pagar un coyote e irse de mojada hacia los Estados Unidos, a Los Ángeles. Allá estaba la comadre de una conocida que le prometió darle un lugar donde llegar.

La Mena se puso de acuerdo con la hija para que le cuidara la tienda y a las nietas, mismas hijas de ella, por unos meses, mientras ella trabajaba y ganaba un dinerito allá en el extranjero para surtir más la tienda.

La Mena se fue. Las nietas la extrañaban mucho, porque a pesar de su carácter, estaban acostumbradas a ella y a nadie más.

La tía Herminia, una ancianita prima de la Mena, les había enseñado que en una emergencia tenían que llamar a la persona que necesitaran, gritando su nombre fuertemente adentro de un cántaro lleno de agua, y hacerlo repetidas veces. Las niñas todos los días le gritaban el nombre:

¡Mamá Mena, véngase ya!

Un día, siete meses después de haberse ido, llegó un taxi largo y se parqueo frente a la tienda. ¡ERA LA MENA! Las niñas se alegraron tanto que hasta lloraron de la emoción. Fue la única vez que ella dejó que la abrazaran y besaran tanto, sus caritas reflejaban la alegría y el sentimiento de vivir aquel momento.

Bajó unas maletas. ¡No!, no llevaba regalos ni recuerdos para nadie, llevaba cositas para vender y unos dulcitos mexicanos con chile y dos paletas chilindrinas grandes para las nietas. ¡Ellas fueron felices ese día!, cuando la Mena les dio las paletas les dijo:

–Solo pruébenlas, ¡son para que las lleven a la escuela!

No las vayan a quebrar, ni a regalar. Cuando vengan de la escuela las guardan en la refrigeradora envueltas en una bolsa plástica.

Las niñas obedientes, así lo hicieron, deseaban que amanecerá pronto para ir a la escuela y llevar las paletas.

Les duraron ¡2 semanas!, porque no querían que se les terminara la alegría, pues nunca llevaban nada para comer en los recreos.

Estando la Mena, conversando con Delmy su sobrina, hija de la María Luisa y a quien ella quería tanto como a una hija, esta le preguntó:

–Mena ¿por qué te regresaste?, allá te hubieras quedado.

La Mena le respondió:

–Fijate Delmy, que una gran desesperación que me agarraba por estas muchachitas,

Yo tenía miedo que algo me les pasara y ya no aguanté, así que por estas cipotas vos, mejor me regresé.

La Delmy le preguntó otra vez:

–¿Y cómo hiciste Mena para ganar tanto dinero en poco tiempo?

–Pues mira

Contestó ella

- La pasada de ese río estuvo fregada porque como estaba en pleno invierno, una gran creciente que bajaba. Yo dije “no he pasado esto por gusto”, porque antes de eso, cuando llegué a México, fui a la Basílica de Guadalupe y me encomendé a Dios y a la Virgen.

Al llegar a Los Ángeles, trabajé un mes de niñera con un cipotillo que tenía unos sus dos años, era de ahí cerca por donde me habían dado donde dormir.

Me pagaban más si le enseñaba español al bichito, yo dije que sí jajajaja.

Me tocaba por partes en el cuerpo y le decía al bichito que repitiera:

“cachete”, “taba”, “rabadilla”, “tenchiga”, “canilla”, “chonta”, “lomo”, “jachas”, “pata”, “panza”, “pico”, jajajajaja.

El bichito jodía, y yo que no tengo paciencia, me fui rapidito de ahí y con lo que me pagaron, encontré una quesería y se me ocurrió vender quesos.

Así que compré unas tablitas, hice unas gradillas, compré 5 quesos, los puse en un huacal con una mantita bien chelita y me fui a

venderlos, con el huacal en la cabeza. La gente me miraba bien raro. ¡Eso allá no se veía! porque solo yo andaba con eso así.

Así que quizás les gustaba verme con el huacal en la cabeza o por lástima, no sé, pero rapidito me los compraron para que terminara rápido y me fuera me dijeron.

Yo ni lenta ni perezosa, fui rapidito a comprar otros 5 quesos y también los vendí.

Como me fue bien, al otro día salí más temprano y llevé 10 quesos de un solo, rapidito los vendí.

Al otro día llevé 20 quesos y los di tres veces más caro, porque todos los que me habían comprado me decían, –¡que poquito valen!, ¡que poquito valen!; así que les cobré más caro para que estuvieran a gusto.

Y así fue mira Delmy, como a puro queso saqué mis centavitos.

–Si me hubiera quedado, una quesería hubiera puesto por allá.

PARTE V- “LA TERCERA EDAD”

UNA MUJER DE TRABAJO. LOS DICHOS DE LA MENA

En el transcurso de la vida de la Mena, fueron pocas las alegrías que se le pudieron ver.

Sus ojos siempre reflejaban tristeza, cansancio y soledad. Siempre estaba trabajando, ayudando a su familia con comida, medicina y lo que podía. Nunca tuvo lujos, siempre se le veía con los mismos chirajitos, los zapatos los cambiaba hasta que se le rompían, no era por tacaña, sino porque no le gustaba despilfarrar y después en la necesidad andar pidiendo prestado o esperando la caridad de la gente que a veces es tan dura de corazón, decía ella.

Siempre vivió sola, cuando se fueron las nietas de la casa, quedó completamente sola.

No era mujer amorosa, decía que la gente melosa era hipócrita, falsa, que eso no le gustaba, si algo no le parecía corría a todo el mundo de la casa y los sacaba a la calle para que aprendieran lo que cuesta ganarse una tortilla y valoraran el techo y el sustento que ella daba.

A sus nietas les enseñó a trabajar duro y a ganarse lo que comían y donde dormir. Nunca les ayudó en las tareas de la escuela, decía que a ella nadie le había enseñado nada; sin embargo, les enseñó a sumar, restar dividir y multiplicar porque **“eso si les va a servir si ponen un negocio”**- decía. También les enseñó a dibujar y a recitar poemas.

La Mena solo conocía canasto, sudor, trabajo, dolor y esfuerzo.

La vida dura que le tocó pasar, la convirtió en una mujer de hierro, áspera y no quería el mal para sus nietas.

Solía decir:

–Niñas ustedes deben de ser fuertes, no dejarse de nadie, defenderse con valentía de la misma vida si es posible; valerse por ustedes mismas, nunca esperar que otro les dé de comer.

–A una mujer sola cualquiera la quiere ver de menos y la agarra de “palo de camino real”, pasa un chucho la orina, pasa un loco lo machetea, pasa un bicho malo le da sus patadas y le cortan las hojas y si es posible le quiebran las ramas, por gusto.

También decía:

–No dejen que les pase un buey porque después todas las yuntas les van a querer pasar encima.

–No es bueno vivir con nadie porque la carne después de tres días junta se hiede, hay que vivir uno solo y tener cada una sus casas, así nadie las va a sacar nunca. Yo prefiero vivir sola y que nadie me joda la vida.

Ya con sus setenta y tantos años, lloraba de la tristeza porque decía:

“LA SOLEDAD DUELE MÁS QUE CUALQUIER ENFERMEDAD”

(Era raro ver llorar a la Mena y cuando se le veía llorando, hasta el cielo lloraba de tristeza).

LAS PUPUSAS DE LA FELICIDAD

La Mena amaba a sus nietos y bisnietos en gran manera. No era mujer de apapachos ni besuqueaderas, pero con cada cosita que hacía...movía el corazón.

Por las tardes al pasar de visita por su casa, sus hijos, sus nietos y sus bisnietos, ella salía corriendo en su tiendita a agarrar una bolsita transparente con dos libras de harina de arroz y un poquito de quesillo; ponía a calentar un comalito, sacaba un poquito de manteca de tunco y decía con alegría:

–¡Les voy a preparar unas pupusitas sabrosas!

Los bisnietos saltaban de la felicidad porque también los dejaba echar sus dos pupusitas chiquitas, y los tatas alegres de ver a los cipotes comer. **¡Era la plena felicidad!**

A ella le gustaban sus guisos con “manteca de tunco”, eso siempre le recordó a su mamá, a quien nunca le dijo así, sino solamente María.

La Mena no era buena para cocinar, pero las pupusas le quedaban sabrosas, el ingrediente principal, era el amor que ella le ponía.

Y como esas pupusas de la felicidad, **¡NO HAY OTRAS!**

LLEGO EL DÍA CERO

Cuando venimos a este mundo, ya traemos un “hasta aquí”, contamos hacia adelante, pero en realidad tendríamos que contar hacia atrás. La vida no es eterna, y a todos en cualquier momento nos puede llegar el día cero.

A sus 78 años, un 17 de abril de 2012, la Mena se bañó tempranito como siempre, esponjó sus colochos, se puso su vestido, sus zapatillos de lona, agarró su cesta, cerró la tienda y se fue al mercado central por sus comprados.

Iba hasta tres o cuatro veces por semana, para no ponerse mucha carga, decía. Le gustaba comprarse sus naranjas victoria, chupar caña, ¡siempre le encantó la fruta!, principalmente sus guineos majonchos.

Ella ignoraba qué a su regreso, estaría al asechó quien se la llevaría sin preguntas al otro lado del umbral.

Antes del mediodía, regresó con afán. Bajó del autobús, se puso la carga en la cabeza, agitada por el sol, con el sudor bajando por su frente, sintió como algo caliente recorría su interior y como se le oprimía el pecho; aligeró más su paso y cómo pudo logró llegar a su casita. Quitó llave y como si le abrieran otra puerta, inmediatamente cayó en el vacío.

Desplomada en el piso, con sus comprados regados, entre ellos: un poquito de quesillo y unas libritas de harina.

Un derrame cerebral le paralizó el cuerpo; en el hospital, siete infartos fueron el tiro de gracia y la llevaron al final.

Sucumbió el roble, la torre fuerte, la raíz pivotante, la fuerza de los mares hecha mujer, el ímpetu del viento; ahora el cielo está contento porque regresa una flor.

La flor que fue prestada, para dar lecciones de vida, de lucha y a su manera ... también de amor.

EL ÚLTIMO ADIÓS

El día de su muerte, no pude decir nada, las palabras no brotaban, se quedaban atascadas con un nudo en mi garganta.

¡Me quedé ahogada! Mis ojos que son las ventanas del alma, ese día se convirtieron en cascadas de agua salada, que arrastraban mucha tristeza y dolor.

Para mi mamita con amor:

Aún recuerdo tu cabello negro rizado como puñitos de algodón pintado, tu carita de simpleza, tus ojitos apagados.
El morenito en tu piel, como canela al hervor.

Extraño tu fortaleza, aquellas palabras que con dureza encerraban tanta razón.

¡No es tu culpa corazón, no haber conocido el amor!
No haber tenido la ternura de unos brazos que te acogieran y estrecharan contra su pecho cada día y escucharas su cantar con alegría como campanas de iglesia o como retumbos de mar.

Como pájaros cantar o como tambor sonar.

Dejaste muñecas y juguetes por cántaros y canastos.

¡mi niña de pies descalzos!

¡mi colochita de ojitos tristes y corazón cansado!

Corazón tan fuerte, que soporto valiente las

tempestades del tiempo inclemente, y la extrema dureza por donde la vida lo llevó.

¡No en vano se construyen los pilares!
Lo que con firmeza se levanta, con firmeza permanece.

En tus bordados dejaste tejidos tus sueños,
en cada puntada plasmabas tus deseos.
Los llenabas de color, matizados cada uno con gotitas de tu amor, encerrando en cada paisaje, con mucha creatividad tu anhelo real de libertad, de vida, de encanto, de plenitud, de lo que te gustaría ser de verdad.

¿Quién fuiste en realidad?
Joya preciosa del cielo, que vino a alumbrarnos el camino con su luz, que vino a sembrar en nosotros la semilla del valor.

¿Quién eres en realidad?

Maestra del perdón, qué a pesar de los dardos de fuego y heridas de arpón, siempre hallabas lo bueno y aún entre regaña dientes dabas tu perdón.

El cielo tuvo fiesta cuando regresaste a tu lugar, todo lo que aquí se te negó allá lo tendrás.
¡Juega con muñecas!, ¡salta con la cuerda!, ¡corre y corre con otros niños!, que te adornen coronas y argollitas de verdad, que tengas los vestidos más bonitos, tejidos de amor y bordados de paz.

¡Quédate niña siempre, no crezcas nunca más!, tal como lo querías.

Sé feliz, te lo mereces, ¡ríe, salta, brinca, baila, mi morenita... con mucha felicidad!

Fueron pocos los abrazos, fueron muchos los consejos, cuando pienso en tu regazo se me vuelven más certeros.

Mi corazón implora, con ferviente anhelo, volver un día a verte y decirte **cuanto te quiero**.

Gracias por todo, por siempre gracias.

Mi niña de pies descalzos.

Mi Menita linda, mi abuelita amada.

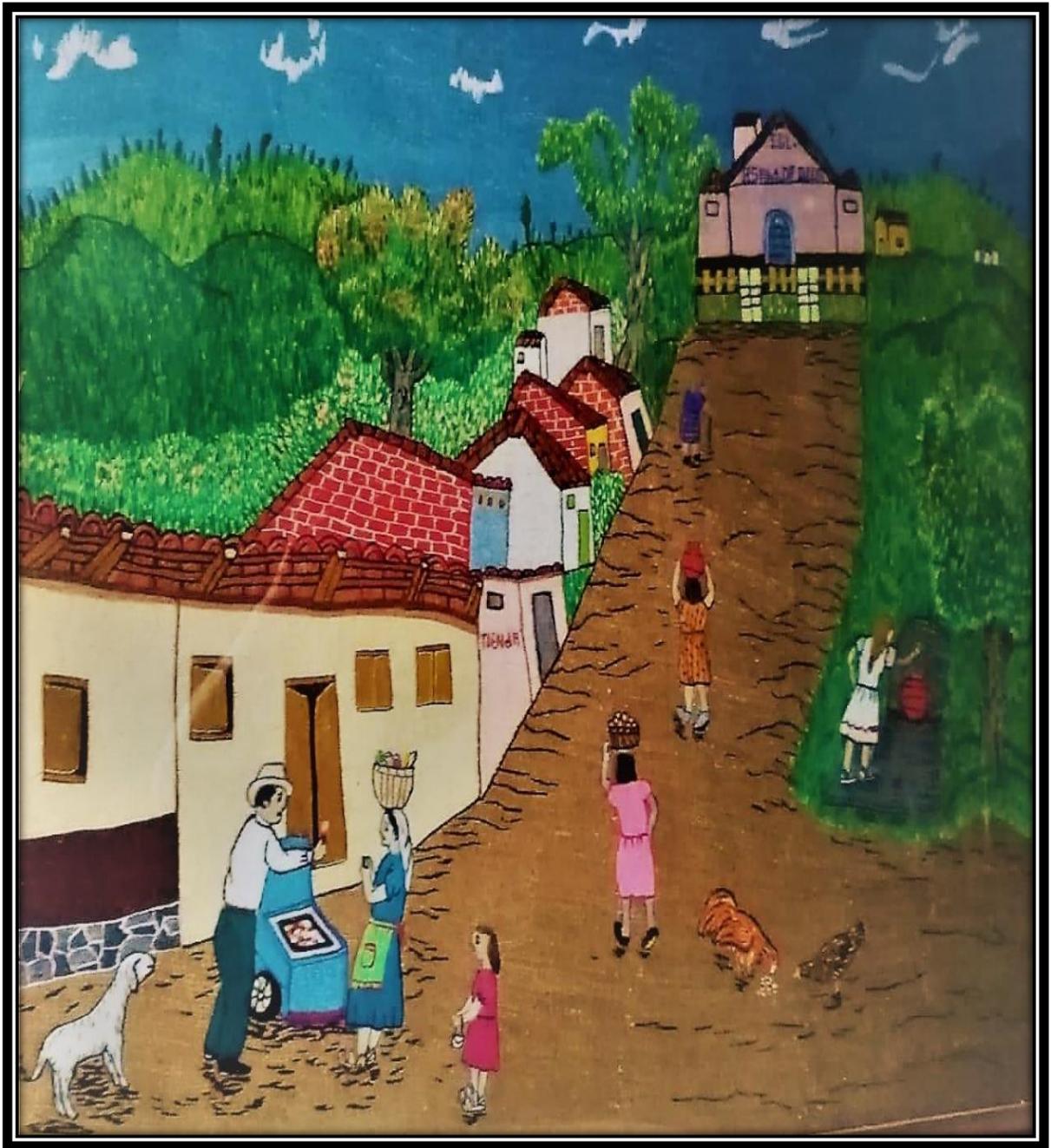
No te digo adiós sino hasta pronto,
algún día nos volveremos a ver, te abrazaré mucho.

Bailaremos juntas, saltaremos juntas, reiremos juntas...mi querida mamá Mena.

ALGUNOS DE SUS BORDADOS MÁS EMBLEMÁTICOS



1. Pareja de campesinos rezando en el campo.



2. Calle principal de San Pedro Nonualco en 1940.

Al final se observa la iglesia católica; ella la cambió en el cuadro por una iglesia Asambleas de Dios, denominación religiosa donde se congregaba.



3. Lora con texto bíblico bordada en punto de cruz para su nieta.
(Las aves, eran su predilección en bordados)



4. Heidi y Pedro. Personajes de su cuento favorito.



5. Pastor de cabras, protegiendo a una de ellas.

(Portada de este libro)

Cada miembro de la familia tiene un cuadro similar, que ella bordó de forma especial e individual.

GLOSARIO DE MODISMOS DEL LENGUAJE UTILIZADO EN ESTE LIBRO

abochornar	Causar sonrojo o rubor a una persona por hacerle sentir vergüenza.
agusto	Conforme. Que está satisfecho o de acuerdo con algo.
alacito	Cerca de algo o de alguien
anantes	Apenas
babosadas	Cuestión de escasa importancia. Dicho o hecho grosero.
batella	<i>Batea</i> , recipiente grande de madera, de forma circular u oblonga, y sin asas.
bejucos	Nombre genérico con que se designa a diversas especies de plantas tropicales de tallos largos, delgados y flexibles que se utilizan en la elaboración de tejidos de cestería y fabricación de muebles y cuerdas.
besuqueadera	Besuquear. Besar de manera reiterada e insistente.

bichita	Bicho. Niño especialmente travieso, inquieto o juguetón.
bofito	Liviano. Que tiene poco peso.
cachete	Mejilla. Especialmente cuando es abultada.
canasto	Recipiente de boca ancha, hecho de mimbre o juncos, Canasta, recipiente de boca estrecha, generalmente con dos asas.
cántaro	Recipiente o vasija, hecho de barro o de algún metal u otro material impermeable como plástico, que sirve para guardar, conservar y transportar líquido.
candil	Utensilio para alumbrar que consiste en un recipiente lleno de aceite, una mecha sumergida en él, que asoma por un pico, y un gancho para colgarlo.
cerote	Palabra soez para referirse a alguien tonto.
cernir	Llovizna. Lluvia de gotas muy menudas que caen suavemente.

chacuatete	Especie de chapulín. Insecto ortóptero saltador, de 5 a 6 cm de largo, generalmente de color verde amarillento o pardo y patas posteriores muy robustas.
charco	Agua u otro líquido retenidos en un hoyo o cavidad de la tierra o sobre el suelo; es de dimensiones pequeñas, poca profundidad y se mantiene poco tiempo.
chilillazo	Golpe con chilillo. Chilillo pequeña vara de bejuco que se usa como látigo.
chindondo	Abultamiento producido por un golpe.
chingar	Molestar.
chiquero	Establo de cerdos.
chirajtos	Ropa sencilla.
cholerial	Trabajar para otro sin pago.
chucho	Perro.
chuña	Dícese a la persona que no tiene zapatos o anda descalzo, por motivos de escasos recursos económicos o por que le hurtaron.

chunchucuyo	Rabadilla de las aves. Se nombraba así la cadera de las personas.
cipitillo	Cipitio. Personaje de la mitología guanaca. Hijo de la Siguanaba.
comal	Disco delgado de barro sin vidriar o de metal que se usa para cocinar tortillas de maíz, tostar café o cacao, o asar cualquier tipo de alimento.
cofradilla	Cofradía. Asociación reconocida por la iglesia católica, que algunas personas católicas forman con fines piadosos.
cuerudo	Necio.
culito	Culo, parte del cuerpo humano constituida por las nalgas. Parte externa del cuerpo de ciertos animales en la que se encuentra el ano.
curtida	Sucia. que está endurecido por efecto del sol y del aire.
cutuquito	Porción pequeña que ha sobrado de algo, especialmente de madera.

destazar	Dividir o cortar en pedazos la carne de un animal para su consumo.
desvaciando	No existe. Desangrar Hacer que una persona o un animal pierdan mucha sangre o toda la sangre.
diocuarde	¡Dios nos guarde!
embuste	Mal gesto en respuesta a una palabra u orden dada.
encachimbar	Enojarse.
enmarrados	Cargados, cubiertos de café.
entuturutar	Confundir. Embaucar.
fello	Feo.
frillo	Frío.
ganchazo	Golpe con la mano o el brazo.
garrotiar	Golpe con palo grueso y fuerte que se usa principalmente como bastón o para golpear con él.
gusano perucho	Gusano en forma cónica.

hacer la cabuda	Reunir dinero entre varios para alcanzar el valor a pagar por algo.
hieder	Mal olor.
historiantes	Danza tradicional de El Salvador y también de otras áreas de América Latina. Tradición que data del siglo XX en San Pedro Nonualco. Las personas visten con mantos de colores, usan corvos brillantes y coronas en representación de su poderío. La historia narra las batallas que se daban entre los Morros y Los Cristianos en España.
huacal	Es un objeto tipo tazón usado para transportar líquidos o sólidos.
huevón	Persona que actúa con excesiva parsimonia y falta de preocupación.
imbión	Velocidad.
ispiar	Estar pendiente de algo o de alguien.
jabón de cuche	Jabón hecho con frutos de aceituno.
jachas	Dientes

jalando	Halar.
la cosa	Órgano genital femenino.
la regla	Período menstrual
lomo	Espalda.
majonchos	Clase de guineos.
malandrín	Persona que es malvado, perverso o malintencionado.
mamaso	Bola hecha con tortilla caliente y queso fresco.
marabunta	Conjunto de personas que alborotan y arman mucho jaleo.
mechuda	Que tiene mechones de cabello desordenados o el cabello sucio.
meque	Metido.
metido	Metejón (que se inmiscuye).
michito	Gato.
panza	Estómago.
papita	Palabra primorosa para nombrar a un niño.
pata	Pié.
patillas	Piernas.

pedacistillo	Trozo muy pequeño de algo.
petate	Alfombra tejida de palma usada en los países cálidos para dormir sobre ella.
pícara	Que hace travesuras de poca importancia.
pico	Pene.
pivotante	Raíz principal de una planta que se hunde verticalmente en la tierra, como una prolongación del tronco.
puchco	Sucio
rabadilla	Cadera
rimerito	Conjunto de cosas puestas sin orden unas sobre otras.
Sihuanaba	Espectro del folclor centroamericano que, según la tradición popular, se les aparece a hombres trasnochadores o infieles en la forma de una atractiva mujer desnuda o semidesnuda, pero con el rostro oculto.
taba	Rodilla
tanate	Ropa y cosas de valor acomodadas en una bolsa para ser trasladadas.

tarugo	Pedazo grueso e irregular
tenchiga	Quijada
tetunte	Sustancia dura y amorfa o pieza fea. Sinónimo: Volado.
tunco	Cerdo, cuche.
vergo	Bastante.
verguiar	Dar de golpes a una persona, animal o cosa.
vergazo	Golpe fuerte que se da a una persona, animal o cosa.
vivianas	Vivo, espabilado, ingenioso, aprovechado.

Contenido

PRÓLOGO	5
PARTE I: “LA NIÑEZ”	8
LAS ARGOLLITAS	8
TAN RICA LA QUESADILLA	11
¡AGARREN AL TUNCO!	13
NO ME GUSTAN LAS MUÑECAS.....	19
LO BONITO DE LA ESCUELA.....	22
ABONANDO EL CAFÉ	25
UNA CABEZA DE CHIVO	27
EL SUSTO DEL VIEJITO.....	31
LAS LEYENDAS EN SAN PEDRO	35
EL BURRO BLANCO EN EL PUENTE.....	35
EL HOMBRE DEL CABALLO NEGRO	36
LA MIGRACIÓN A SAN SALVADOR.....	38
PARTE III- “LA JUVENTUD”	41
LAS PUTAS.....	41
EL ENAMORAMIENTO	44
LA LUCHA	46
PARTE IV- “LA ADULTEZ”	48
QUE JODER CON LAS PELOTAS	48
COMO SIEMPRE LAS PELOTAS	50
LAS PISCUCHAS	51
TODO ME SALE AL REVÉS.....	52
EL BOCADO PARA EL CHUCHO	52
LA SILLA PODRIDA.....	53
EL PALO DE AGÜACATE.....	54
COSAS DE LA MENA	55
UNO TAN FELLITO	57
EL PODER DEL SALMO 91	59
LOS CASTIGOS	62
POR MEQUE	62
HINCADA EN EL MAÍZ	64

DE MOJADA	66
PARTE V- “LA TERCERA EDAD”	71
UNA MUJER DE TRABAJO. LOS DICHOS DE LA MENA	71
LAS PUPUSAS DE LA FELICIDAD	73
LLEGO EL DÍA CERO	74
EL ÚLTIMO ADIÓS	76
<i>ALGUNOS DE SUS BORDADOS MÁS EMBLEMÁTICOS</i>	79
GLOSARIO DE MODISMOS DEL LENGUAJE UTILIZADO	83
EN ESTE LIBRO.....	83



Carolina Díaz de Castillo

Conocida socialmente por **Carolina Guillén**, nacida en La Libertad, El Salvador (1976).

Cuenta con estudios en Administración de Empresas, actualmente estudia Licenciatura en Relaciones Públicas y Comunicaciones en la Universidad Francisco Gavidia.

Madre de tres hijos varones. Criada junto a su única hermana, desde los dos años por su abuela. Trabajó desde siempre, se pagó sus estudios académicos y su manutención a partir de los 13 años. Desde muy niña le gustaba escribir, su primer poema fue dedicado a su maestra de 4º grado. Por hechos desafortunados perdió la inspiración por mucho tiempo, pero la recuperó debido al amor que su esposo despertó en ella, volviendo a escribir a los 43 años.

Entre sus escritos inéditos están poesías, cuentos, leyendas y una novela. Su obra "Las Pasadas de La Mena". Memorias de una nonualca, es la más valiosa, ya que enmarca la vida de su abuela, ícono familiar.